

asombró tanto. Simon-Meyer, Meyer-Lockroy, es el mismo tipo; es el mismo camelote judío siempre presuroso por desenfardar así que se presenta un vacío donde pueda meter un tablado; el uno funciona en el Conservatismo, el otro en la Revolución: tal para cual.

La prensa que, regularmente obedece las indicaciones y las miradas luego que el *Gaulois* propone lanzar alguna empresa de bombo, tuvo, esta vez, bastante tacto para enviar á paseo á los Meyer y á los Simon.

¿Ymagnais algo más ridículo que una estatua á la Señora Boucicaut, un monumento de fausto y aparato á esa mujer cuyo gran mérito fué ser humilde y comprender vagamente asimismo, con su corazón de obrera, de habitante del barrio, lo excesivo de esa fortuna levantada sobre la ruina de tantos pequeños comerciantes de la vecindad...?



LIBRO CUARTO.

La idea socialista al través del siglo XIX.

Desde el Pradial, los Jacobinos posesionados responden á cañonazos á las reivindicaciones populares.—Carácter elevado del movimiento socialista naciente.—Sueño de una sociedad mejor, pero falta completa de odio y envidia.—Inteligencia de la misión superior de la Iglesia.—Profundo respeto de la mujer.—Los libros de Chev .—Constantino Pecqueur, el padre del colectivismo.—Una generaci3n desaparecida.—El clero de entonces demasiado desinteresado del movimiento social.—La literatura de Troplong.—Como concibe el 3rden la Clase media.—La Internacional y su programa.—Benito Malon.—Papel muy secundario de Karl Marx en la Internacional.—Su envidia contra Proudhon y el socialismo franc3s.—La Commune.—Feroicidad de la Clase media revolucionaria.—Humanidad del proletariado.—Los jefes obreros de la Commune.—La República actual no es más que una Commune sin probidad.—Treilhard y Peyron.—Lo que cuesta una República de clase media.—Vartin y los Rothschild.—Las incapacidades de la Commune.—El espíritu del Pueblo enteramente modificado ahora.—El odio dejado en los corazones por la represion de la Commune.—En que fué inmoral esta represion.—Triste inercia y absoluta inteligencia de los conservadores de la Asamblea.—Un *mea culpa* de Saint-Genest.—Inutilidad de toda la sangre derramada.

No intento analizar extensamente los diversos sistemas socialistas y mostrar su lado fuerte y débil. Quiero indicar solamente, á grandes rasgos, las fases por las cuales han pasado diferentes generaciones enfermas del mal social y en busca de curaci3n.

Creo haber probado con bastante claridad, en el capitulo precedente, cuán dura fué la Revoluci3n para el Pueblo. Cuando la Clase media tuvo los bolsillos llenos y el Pueblo quiso tener su turno, el ca n fué quien contest3. Desde el

Pradial, la Convencion daba á entender á los obreros que iban á pedirle pan, que la Revolucion no habia tenido por objeto mejorar la suerte de los desheredados. En lo sucesivo se harán cuantas revoluciones políticas se quieran ventajosas á la Clase media, pero luego que se mezele en ellas la sombra de una reivindicacion social, serán desapiadadamente reprimidos los movimientos.

La cuestion obrera era muy indiferente, por ejemplo, al buen papá Camus de quien nos hablan los periódicos del Directorio y que, después de haber sido maltratado por la suerte en su juventud, acababa de comprar en Versalles una propiedad nacional de 225,000 libras «para ir á descansar y bendecir en ella, con todos los pequeños Camus, á la República y á la Igualdad (1).»

Todos los Jacobinos pensaban como el convencional de quien habla Goncourt y que, «pobre petate el dia ántes, poseedor hoy de uno de los más bellos palacios del barrio Saint-Honoré, quejábese amargamente de las doctrinas de Babœuf debajo de los bosquecillos de un jardin lleno de verdor que festoneaba los Campos Elíseos.»

Después de la tentativa abortada de Babœuf y de la conspiracion de los Iguales, es preciso esperar á mediados del reinado de Luis Felipe para ver formarse una escuela claramente socialista.

El movimiento, fuera de esto, presenta entonces un caracter totalmente particular; es una aspiracion hácia la justicia, el sueño de un porvenir mejor, el plan de una sociedad ideal en la que todos serian dichosos.

Proudhon blasfema, pero Luis Blanc se aferra siempre en ser deista. Cabet, Fourier, Pierre Leroux, los mismos

(1) *Frondeur*, 9 de marzo de 1797.

Saint-Simonianos dejan ancha parte en la obra que proyectan construir á los sentimientos elevados del alma humana.

La lucha de clase que constituye el fondo del socialismo en estos momentos no aparece aún sino en estado nebuloso. Sin duda Toussenel describe admirablemente la explotacion de la clase media; Fourier demuestra que la Revolucion no tuvo por resultado «sino substituir servidumbres colectivas siempre crecientes á servidumbres individuales menguantes»; Vidal parece anunciar á Karl Marx en esta fórmula: «La fortuna, se ha dicho, se adquiere por el trabajo, se adquiere sobre todo por el trabajo ajeno.» Solo hasta mucho más tarde, sin embargo, y en su último libro: *De la capacidad política de las clases obreras* no indicó Proudhon claramente un antagonismo entre el amo y el obrero.

Roto el haz de las corporaciones, escribia, sin que las fortunas y las condiciones entre obreros y amos se hubiesen igualado, sin que se hubiese hecho ni previsto algo para la distribucion de los capitales, la organizacion de la industria y los derechos de los trabajadores, restablecióse la distincion por sí misma entre la clase de los amos, detentores de los instrumentos de trabajo, capitalistas y grandes propietarios y las de los obreros asalariados.

Negar actualmente la distincion de las dos clases, seria más que negar la escision que la trajo y que fué en sí misma una grande iniquidad.....

El amo de entonces no se parecía todavía á los grandes industriales contemporáneos. Semejantes á los abades comendatarios (1) que cobraban la renta de las abadías sin haber jamás celebrado misa ó aún recibido órdenes, los miembros de las Sociedades en comandita actuales, los propietarios

(1) Abad comendatario era el que, sin ser del gremio de sus subordinados, obtenia el título de abad (*N. del T.*).

de partes de acciones de fábricas ó de ingenios, viven régicamente del trabajo de obreros que á veces no han visto nunca. Los industriales de antaño veían á sus obreros, eran vistos de ellos y podían pretender que ellos también trabajaran.

El odio y la envidia que ahora se encuentran en todas partes eran entonces raras en este noble país de Francia. El Cristianismo había creado en nosotros tales tesoros de fé, de sacrificio, de abnegación que la sociedad francesa continuó siendo creyente y generosa mucho tiempo después de haber perdido sus hábitos religiosos. Necesitáronse el reinado de los judíos, las inmundas campañas de sus periódicos, el triunfo de la Franc-Masonería, Gambetta, el Oportunismo, Grévy, Wilson, la República actual, en una palabra, para destruir todo ideal en las almas.

El pueblo de aquel tiempo, no pervertido todavía, sabía que el Cristianismo era el que había transformado la tierra y traído al mundo la fraternidad y el amor.

Como testimonio de las ideas de aquella época queda toda una literatura verdaderamente bella y casi desconocida: especialmente los libros de Chev  que frustra el soplo de un Lamennais sin orgullo y sin hiel, de un Lamennais democratizado pero continuando cristiano. Hay páginas soberbias en la obra capital de aquel escritor cuyo mismo nombre no ha siquiera sobrevivido: *Catolicismo y Democracia* ó el *Reinado de Cristo*, que lleva por divisa:

Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat.
Cristo vence, Cristo manda, Cristo reina.

(Exergo de la moneda de los reyes de Francia, del siglo XII).

El autor proclama elocuentemente, á la faz del mundo, lo que el Catolicismo ha hecho para la felicidad de todos;

con el acento de apóstol y el entusiasmo de ciudadano pide la reconciliación entre la Iglesia y la democracia.

Hijos del altar, ¿por qué decís que la democracia no es la aplicación del catolicismo á la sociedad? Hijos del pueblo ¿por qué no comprendéis las sublimes austeridades de la moral y los santos éxtasis del culto y de la oración?

¿Qué son vuestros dogmas tan religiosos de libertad, igualdad y fraternidad? El Evangelio hecho Código, la Religión hecha ley social, Cristo encarnándose Pueblo.

Y vosotros, Cristianos, ¿qué es vuestro Evangelio tan democrático y popular? la ley viviente de libertad, igualdad y amor.

¿Qué es el Cristo sino el Redentor del débil y del pobre, el Salvador de las naciones? ¿Qué es la Iglesia sino una santa república, donde todo se concede al sacrificio por la elección, nada á la herencia ni á la fortuna?

¡Y, no obstante, se han despreciado, se han blasfemado, se han degollado!

Estos han maldecido á la Iglesia en nombre de la democracia y la Iglesia en sus concilios ha sido la primera democracia cristiana. La han maldecido en nombre del Pueblo, y la Iglesia, destrozando la antigua esclavitud, ha creado los pueblos modernos y preparado la gran unidad católica que un día ha de reunirlos á todos. La han maldecido en nombre de los pobres y ha hecho de la pobreza una religión, y de la comunidad de los bienes una ley para sus elegidos.

Han rechazado la libertad en nombre de la religión que dice: "Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad." Han mandado la obediencia ciega á los antojos de los dueños de la tierra en nombre del Evangelio, donde está escrito: "No teneis más que un solo señor que es Dios, y todos vosotros sois hermanos." Han combatido á los que no quieren para la propiedad más fuente posible que el trabajo, y el más grande de sus apóstoles ha dicho: "El que no quiera trabajar no debe comer."

Hijos de la Iglesia é hijos del pueblo, conoceos al fin y daos la mano, porque sois hermanos y abrazaos con amor como dos amigos que se encuentran después de larga ausencia; y este abrazo será el advenimiento de la sociedad cristiana, el gran día del reinado de Dios en la tierra.

En estas obras tiene la mujer el papel que le da la civili-

zacion aria. Pœtizada, engrandecida, adorada, aparece en una aureola como la mujer germana rodeada de respeto y homenajes de los bravos guerreros; para ellos, en efecto, es ella la Gracia y la Bondad, como para ella son ellos el Valor. Los Germanos, puros Arios, no envian, como los pueblos semíticos, jóvenes libertinas que se entreguen á los generales y les asesinen entre dos caricias, sino que colocan á la mujer detrás de sus carros, y cuando el enemigo avanza, la mujer se mata, porque sabe que si se pierde la batalla, es porque los hombres han muerto.....

Solo un judío, el apóstol del divorcio, ha podido romper los lazos sagrados que unian antiguamente á los esposos y glorificar la prostitucion en un país donde la santidad del matrimonio habia contribuido á hacer tan grande; solo un judío ha podido escribir:

El matrimonio es una institucion esencialmente tiránica y atentatoria á la libertad del hombre; la causa de la degeneracion de la especie humana; es una institucion generadora de vicio, de miseria y de mal; debe preferirse el concubinato ó la union libre, sin intervencion de la autoridad, sin consagracion religiosa y legal.

Existiendo el matrimonio, la prostitucion hace más bien que mal (1).

En aquella época no se habian aún trasportado á Francia las costumbres de la tienda primitiva donde el hermano cohabita con su hermana, como Amon con Tamar. El mercader que se fué á Túnez á traficar con la sangre de nuestros soldados con los Volterra, los Thors y los Bloch, y, á la sombra de la bandera tricolor, realizar un buen golpe á

(1) Naquet: *Religion, familia y propiedad*.

expensas de Mustapa-ben-Ismael, no habria figurado entonces en una Asamblea francesa (1).

Oid como habla Chevé de la mujer:

Hay una redencion no menos santa, tarea comun lo mismo del catolicismo que de la democracia; la de la mujer, es otra María de la pasion del Calvario.

La mujer es esclava mientras no es para el hombre más que un juguete de vanidad, un instrumento de placer, ó la sierva desdeñada de sus necesidades domésticas.

La mujer es esclava cuando se encuentran para su sexo esos talleres de ignominia donde gobiernos infames dan á la prostitucion su patente.

La mujer es esclava cuando, por el vicio de nuestras leyes ó de nuestras costumbres, le falta un medio fácil de vivir con su trabajo, un retiro pacífico en un convento, ó un matrimonio segun su corazón.

El cargo de la mujer se parece al del sacerdote; porque ha sido destinada á moralizar y santificar el hombre por su ejemplo, en las tres edades de su vida, como virgen, como esposa y como madre.

Su imperio se extenderá en el mundo á medida que llegue á ser más pura y más santa; y reinará, porque se olvidará á sí misma.

La pureza en la mujer es un bálsamo que refresca el alma y le da la juventud eterna de la inocencia. Es la virgen del amor

(1) Chevé censuraba de antemano á los autores de lo que ahora pasa, los Judíos trampistas que nos gobiernan actualmente.

«¡Ay entonces, ay de los infames traficantes que se han dicho: Haremos de Francia un bazar y del mundo un mercado! ¡Insensatos! han creido que así se desarraigan del corazón de una nacion doce siglos de gloria, que se juegan los destinos del género humano sobre un tapete de Bolsa, y que se detienen los grandes decretos de lo Porvenir con una vanguardia de soldados.

¿Dónde estaban pues en los dias de nuestros grandes dramas? ¿Jamás han visto como se toman los castillos en el tiempo que un niño emplea en jugar una partida de pelota, y como se hace, entre dos puestas de sol, una revolucion que cambia toda la faz de un pueblo?

Si, nosotros somos los hijos de aquellos hombres férreos bronceados por el sol de las Pirámides, y que, cansados ya de pisotear el suelo de Europa conquistada, fuéronse un dia hasta las fronteras del Asia, para llevar á las hordas del Norte la bandera de la civilizacion.

hermoso cuya mirada embriaga de poesía y cuyo sonrís arrebatada en tranquila felicidad.

Tiene abismos de ternura y á todos los deseos del corazón revela cosas tan dulces y tan santas que no se saben expresar sino con el nombre de María, y decirlas diciendo Dios.

La inspiración suave de sus labios se colora con gracia infinita. El alma que ella ha llevado se derrama en encanto con exquisita delicadeza.

Tan dulce y fina es la expresión de su corazón que en cada uno de sus latidos encuentra una expresión más dulce para suspirar en ella una armonía más tierna.

Y cuando este amor descansa en su vuelo en el seno de la Virgen Madre, vuelve á caer en gotas de celestial rocío sobre el corazón; y, en la pura alegría de que la inunda, sube este rocío hasta los párpados que lo destilan en lágrimas de adoración.

Increíblemente hermosa entonces, no tiene ya la mujer de humano sino el reflejo de gracia y amor santo que sus miradas levantan hácia el cielo. Entonces, en el transporte de fuego que la arrebatada, derramándose Dios en ella, se arrodilla, fuera de sí y se convierte en ángel de la oración.

Para mostrar perfectamente el camino recorrido, citemos también la bella protesta contra los profesores de ateísmo y libertinaje encargados ahora de educar á las jóvenes generaciones.

¡Ay de los predicadores de incesto que venden la ciencia del Infierno enseñando cómo se desflora todo lo que hay santo en el alma humana y como se puede encontrar más abajo de la esfera de los brutos un estercolero donde encenagarse!

Vomitamos contra ellos las sangrientas imprecaciones por las que se ofrece eternamente el crimen á Satanás. ¡Educadores de orgía, nosotros maldecimos vuestra cuna, nosotros maldecimos vuestro sepulcro!

Perdonemos á la impiedad, perdonemos hasta el crimen, pero cuando esos maestros de infamia vengan á ostentarnos fríamente su leprosa teoría de libertinaje y adulterio, entonces, caiga nuestra mano sin piedad sobre sus frentes como una espada de venganza.

¿No ha llegado pues á ser soberano del mundo el Espíritu,

después de seis mil años de esfuerzos, sino para abdicar su corona y su trono, y, cediéndolos á la materia, tomar otra vez las cadenas de esclavo de su infancia? Si esto es el progreso, es el progreso en la muerte.

¿Es acaso la Sociedad demasiado rica de virtudes para que se la convide al cinismo? ¿Acaso no tiene suficiente el Pueblo con sus males, sin llevar á sus hijas á la deshonra y sus esposas al adulterio?

Hubo entonces figuras interesantes y puras casi olvidadas ahora. ¿Quién sabe siquiera el nombre de Constantino Pecqueur que, de 1835 á 1850, fué uno de los jefes del socialismo francés? También él profesaba el más ardiente espiritualismo; el régimen social que él pedía con todo su corazón debía llamarse la *República de Dios*, y Francia, la Nación-Cristo, era la que tendría la misión de llevar á las naciones el evangelio de justicia y fraternidad; tampoco separaba él, como Chevé, la reivindicación de los derechos del cumplimiento de los deberes.

Hay varias cosas que todos deben saber, escribía en la revista el *Progreso*.

Es la primera, que Dios existe, que es bueno, y que le debemos cuenta de nuestra vida.

Es la segunda, que no vale nada, absolutamente nada el monopolio de los instrumentos de trabajo.

Es la tercera, que Europa y Francia la primera no encontrará la calma, la armonía, el progreso sino cuando haya vuelto sinceramente á Dios, transformado radicalmente sus leyes de propiedad y la organización de su economía (1).

(1) Entre los escritos de Pecqueur citemos: *La Ciencia moral en sus relaciones con la Economía política; Filosofía de la historia y de las leyes del progreso... De la sanción y de la responsabilidad de nuestros actos; Barbarie crónica de la Economía política, liberal y malthusiana.*

Con el título: *Constantino Pecqueur ó el decano de los colectivistas franceses*, publicó, en 1886, la *Revista moderna* un estudio curioso acerca de ese desaparecido que vivía en profundo retiro en Saint-Leu-Taverny y que murió solamente el año pasado.

Hay todavía en ciertos rincones de barrio sobrevivientes de una generacion desconocida, siempre jóvenes de corazon, siempre benévolos, profundamente asombrados y desalentados por cuanto sucede. Luego se entiende uno con ellos, porque todos lo que tienen algun valor moral sienten con igual amargura las sombrías tristezas de este final de siglo. Cada uno ha dejado algo de sus sueños en un sepulcro y llora al hombre que, en su concepto, hubiera salvado la Francia.

Aquellos piensan en la vida ya larga y tan inútil de aquel á quien se habia dado en llamar el *Hijo del milagro*. Estos piensan en su joven Principe muerto en Zoulouland. Otros, más dignos de lástima quizás, han visto lo que ha venido á ser, despues del triunfo, esta República que debia ser el reinado de la justicia, de la tolerancia, del desinterés, asegurar la paz entre los hombres y traer las naciones á sí por el solo espectáculo de sus virtudes; habian soñado construir un templo, y en vez de templo se ha levantado un lupanar, un malvado lugar donde los Lockroy y los Naquet, los Millaud y los Raynal, los Ferry y los Rouvier entregan la Francia á quien quiera pagar.....

«¡Ah! sí, pobre amigo mio, es desdichadamente el camino de los jayes! el que seguimos» dice Pisthetero á Eelpido en las *Aves* de Aristófanes, cuando, perdidos en un desierto, en medio de barrancos, vuelven en sí sin poder adelantar, ni retroceder, ni hallar su camino...

¿Acaso no es esta la palabra que nos decimos á menudo mutuamente caminando, *obscuri per umbras*, en el árido camino actual?

Quizás más tarde se escriba la historia de esta generacion cuyo pensamiento duerme en libros viejos que ya no se leen y que los contemporáneos conservan preciosamente.

Recuerdo haber visto una biblioteca de este género, en los alrededores de la calle de Alemania, en casa de un zapatero remendon que estuvo enredado en todas las peleas de la calle. ¡Qué tipo tan amable aquel bravo! Habíase adherido á la religion fusionista; murió el fundador, dejando una viuda en la mayor miseria. Para que la viuda tuviera pan, casóse con ella el obrero y quizás, creo, pasó más de un mal rato con aquella mujer, que se creía rebajada por su union con un artesano. Le queda de ella una hija encantadora, rubia como trigo dorado, que se presenta con sencilla y natural elegancia entre aquellos zapatos viejos, y se interesa como su padre en la cuestion social.

En la trastienda están los libros de antaño, los folletos, los planes de organizacion social, los almanaques populares con sus retratos de hombres, con la marca de la época, rostro oval, frentes pensativas, barbas largas; jóvenes aún, parecen decir todos: «¡Lo Porvenir es nuestro!» Los mejores murieron á tiempo y no vieron la invasion. Algunos han vivido demasiado; se han hecho infames y forman parte de la mayoría servil actual...

El clero francés, precisa decirlo, no estuvo á la altura de lo que de él se esperaba, no supo alargar la mano á los obreros que iban tan espontáneamente al Cristo; defraudó la esperanza de todos aquellos hombres enamorados de progreso y de justicia que esperaban que la Iglesia como en los primeros siglos fuera á ponerse al frente de los ensayos de renovacion social.

El sacerdote de Winterer consignaba, el año pasado, en el congreso de Liege, que los Católicos se habian decidido demasiado tarde á obrar. Antes que él M. de Mun, en otro recinto, habia recordado, en términos muy elevados, lo que habia podido ser el movimiento del siglo pasado si se hubiese comprendido á tiempo.

En 1848 dejó pasar también el clero una vez más la hora favorable y el advenimiento del Imperio operó por largo tiempo la disociación entre el Pueblo y la idea cristiana. Los republicanos, que solo habían demostrado respeto á la Iglesia, quedaron descorazonados por el modo con que parte del episcopado francés se echó á los piés de César.

Sería demasiado prolijo investigar las causas múltiples de ese error que tuvo tan graves consecuencias en los destinos morales de nuestro país. La verdad es que el Concordato, que el Papa no firmó sino llorando, ha puesto al clero en una situación espantosamente falsa; ha encadenado la independencia del sacerdote en cambio de un insignificante regalo. Muy bien lo saben los diputados de la izquierda, y, en esas almas malvadas, el deseo de reducir ancianos á morir de hambre, suprimiendo el presupuesto de los cultos, está contenido por el temor de ver que el sacerdote recobre el derecho de obrar y hablar libremente.

Es necesario añadir que entonces era el clero infinitamente ménos instruido y menos ilustrado que ahora. He tenido actualmente prueba de esto por las innumerables cartas que he recibido; el clero jóven sigue atentamente el movimiento contemporáneo; lee, en la medida de sus humildes recursos, todo cuanto se imprime interesante en el punto de vista social; no desconoce ninguna cuestión. El clero, después de 1830, había casi adoptado la tesis sostenida por la Clase media volteriana y filipista que el sacerdote debe estar en su iglesia, que no debe comunicar con el exterior sino poniendo una plancha en la calle con esta inscripción: *Campanilla para los sacramentos*,—tesis imbécil, porque, cuando el sacerdote no sale ya de su iglesia, el espíritu cristiano sale de la sociedad.....

Lo cierto es que el clero obedece ahora á la consigna de la Clase media, que entonces como siempre, estaba enamo-

rada de órden y que, para tranquilizarse á sí misma, repetía admirada la frase monumental de Troplong: «En medio de tantas instituciones que caen de vejez, la propiedad queda en *pié*, *sentada* en la justicia y fuerte por el derecho (1).»

¿Qué entiende la Clase media por Orden? Es un punto que fuera difícil definir.

A la institución enteramente nueva del propietario, la Clase media ha agregado la portería que nuestros padres no conocían.

El ideal de una casa bien montada, en lo tocante á portería, es una casa donde pueden cometerse todas las infamias, entregarse á todos los libertinajes, pero en la que no se hace ruido, donde las escaleras están bien enceradas, la moqueta bastante acepillada, las bolas de metal fuertemente alisadas y donde se obedece al rótulo: *Limpiad vuestros piés*, S. V. P.

Limpiad vuestros piés, S. V. P., es el resumen del Orden según la Clase media. Lo más frecuente es que no haya más que lodo en aquellos piés, pero, en las épocas de crisis, la Clase media enjuga también sangre con cuidado, para no manchar las alfombras.....

Digamos otra vez que es una idea muy reciente. Puede asegurarse que nunca hubo más desórden aparente que en la Francia de antaño, donde todo se sostenía sobre bases tan sólidas. Provenzales, picardos, bretones, poitevinos, berrichones tenían sus usos, sus costumbres, sus franquezas locales, su lengua, sus Academias. Ahora que Francia

(1) Entre los trataditos publicados por la Academia de las ciencias morales y políticas figura un trabajo de M. Troplong: *La propiedad según el código civil*. La instrucción comienza por «la propriété debout assise sur la justice.»

está hecha girones, que la guerra civil está en todas partes, todo es uniforme, metódico, organizado administrativamente, todo parece ordenado. Es la historia del ministro de la guerra: se le copian todos los planes de movilización, sus modelos de fusil, sus noticias, se le tomara su nariz si se descuidara. No obstante, si visitárais el palacio de la calle de Santo Domingo, el ministro os demostraría que todo está admirablemente colocado, clasificado, rotulado, numerado en sendos carpetas. «Jamás entra nadie en nuestras oficinas, os diría, sino hombres discretos como Aubanel ó judíos alemanes como Cornelio Herz.»

Abandonados los obreros por la Iglesia, que se desinteresó demasiado en aquella época de la cuestión social que había resuelto antiguamente para dicha de todos, abandonándolos á su suerte, soportable todavía, los diputados de la Clase media, los Veinticinco francos, que habían vendido sus electores como los diputados los venderían siempre, intentaron en tiempo del Imperio tomar ellos mismos á su cargo sus propios asuntos.

La *Internacional*, en la sección francesa especialmente, fué la primera manifestación del proletario obrando en estado de clase distinta. Todas las firmas del primer manifiesto eran de trabajadores; en los procesos que se siguieron, los mismos obreros hablaron en nombre propio, y la defensa colectiva, leída por Varlin, resumió con acento verdaderamente conmovedor las quejas y aspiraciones de los proletarios.

Creo que, en este concepto, interesa la reproducción de sus pasajes más característicos (1).

(1) Estas líneas, que son menos secas que los programas económicos ordinarios y que cruza, como una ligera brisa de los campos, la compara-

Si ante la ley somos, vosotros jueces y nosotros acusados, ante los principios somos dos partidos; vosotros el partido del orden á toda costa, el partido de la estabilidad; nosotros, el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es el estado social que nosotros somos culpables de declarar perfectible. La desigualdad lo roe, la insularidad lo mata, preocupaciones antisociales le estrechan en sus manos de hierro. No obstante la *Declaración de los derechos del hombre* y las reivindicaciones populares, un momento triunfantes en 1793, la voluntad de unos cuantos puede hacer y hace correr la sangre á torrentes en las luchas fratricidas de pueblo contra pueblo, que, teniendo iguales padecimientos, deben tener iguales aspiraciones.

Los goces son solamente para el reducido número que los apura en lo que tienen de más refinado; la multitud, la gran generalidad, languidece en la miseria y la ignorancia, agitando aquí bajo implacable opresión diezmada allí por el hambre, pudriéndose en todas partes en las preocupaciones y las supersticiones que perpetúan su esclavitud de hecho.

Si pasamos á los pormenores, vemos las operaciones de Bolsa que siembran el desorden y la iniquidad, los pachás rentistas que hacen á su antojo la abundancia ó la miseria, que siembran siempre alrededor de los millones que amontonan la mentira, la ruina y la asquerosa bancarrota.

En la industria, la competencia desenfrenada, que recae sobre los hombros de los trabajadores, ha roto todo equilibrio entre la producción y el consumo.

Faltan brazos para lo necesario, y abunda lo inútil, superfluo; mientras que millones de niños pobres carecen de vestido, se ponen de manifiesto en las exposiciones chalets de precios fabulosos que costaron más de diez mil jornales de trabajo.

El trabajo del obrero no le da lo necesario y en torno suyo florecen las prebendas.

ción del centésimo palomo, son las primeras escritas por Benito Malon que más adelante debía desempeñar tan notable papel en el partido socialista.

Debe notarse, en elogio de los jueces del Imperio, que en todos los procesos de la Internacional, permitieron que la defensa sostuviera libremente tesis que, sobre todo entonces, debían parecer monstruosas á la magistratura. En el proceso Meyer, cuando hombres como Alberto Duruy y Alfonso Daudet querían aclarar una palabra, Barthelon, movido por el aguijón de ir á cobrar su recompensa, les imponía brutalmente silencio.

Murió la civilización antigua por haber conservado en su seno la plaga de la esclavitud; la civilización moderna morirá asimismo, sino atiende más á los padecimientos del mayor número, y si persiste en creer que todos deben trabajar é imponerse privaciones para procurar el lujo á unos cuantos; sino quiere ver lo que es atroz en una organización social que puedan tomarse de ella comparaciones como esta:

“Si viérais caer una bandada de palomos en un campo de trigo, y sí, en vez de pecorear cada uno á su antojo, se ocuparan noventa y nueve en amontonar el trigo en una sola pila, no tomando para sí más que la paja y las mermas; si reservaran la pila, su trabajo, para uno solo de ellos, á menudo el más débil y el peor de toda la bandada; si formaran círculo, complacientes espectadores, durante un largo invierno, mientras que este se atracara vorazmente, devorando, malbaratando, derrochando á derecho y siniestro; si otro palomo, más osado, más hambriento que los demás, tocara un sólo grano, todos los demás se le echaran encima, le arrancáran las plumas, le desmenuzarán; si viérais esto á buen seguro que no veríais sino lo establecido y practicado diariamente entre los hombres.....” (Doctor W. Palley de la *Universidad de Oxford*, Copiado del periódico *la Cooperacion*, mayo, 1868.)

¡Esto es realmente aflictivo!

¿No pertenece acaso á los noventa y nueve aquél que nacido en la miseria, formado de una sangre empobrecida, á veces hambriento, mal vestido, mal alojado, separado de su madre, que debe abandonarlo para ir al trabajo, pudriéndose en la sociedad, expuesto á mil accidentes contrayendo á menudo desde la infancia las enfermedades que le seguirán hasta el sepulcro?

Luego que tiene alguna pequeña fuerza, á ocho años, por ejemplo, debe ir al trabajo en una atmósfera mal sana, donde, extenuado, rodeado de malos tratos y perversos ejemplos, estará condenado á la ignorancia é incitado á todos los vicios. Llega á la adolescencia sin que cambie su suerte. A los veinte años, debe forzosamente dejar á sus padres que le necesitarían, para ir á embrutecerse en los cuarteles, ó morir en el campo de batalla, sin saber por qué. Si vuelve del servicio, podrá casarse, con perdon sea dicho del economista inglés Malthus y del ministro francés Duchatel, quienes petenden que los obreros no necesitan casarse ni tener familia, y que nada les obliga á estar en la tierra cuando no pueden hallar el medio de vivir.

Se casa, pues; la miseria entra en su casa, con la carestía y

paros, las enfermedades y los hijos. Entonces, sí, al aspecto de su familia que padece, reclama una justa remuneración de su trabajo, se le sujeta por el hambre como en Preston; se le fusila como en la Fosse-Lepine; se le encarcela como en Bolonia; se le entrega al estado de sitio como en Barcelona; se le lleva á los tribunales como en París.

El desgraciado sube su calvario de dolores y afrentas; su edad madura carece de porvenir, ve la ancianidad con espanto; si no tiene familia, ó, si su familia está falta de recursos, irá tratado como un malhechor, á extinguirse en un depósito de mendicidad.

Y no obstante este hombre ha producido cuatro veces más de lo que ha consumido: ¿qué ha hecho, pues, la sociedad de su excedente? Ha hecho .. el centésimo palomo.

Igual carácter elevado tuvo la defensa colectiva leida por Combault ante el tribunal de apelación.

Habiase formado una nueva generación; la juventud obrera que entraba en escena habiase instruido por sí misma; cierto es que no había podido preservarse de la confusión que infunden en la inteligencia los estudios hechos sin método y algo al azar; pero tenía también lo que tienen los seres de instinto: la vehemencia, el entusiasmo, la abnegación.

Encuéntranse tipos entre esos hombres cuyo desarrollo intelectual, la manera de considerar la vida, la evolución, en una palabra, nada tienen de común con las ideas de la clase media.

¡Qué rostro simpático y bueno el de Benito Malon! Es el hombre del pueblo tal como salió de la antigua tierra francesa, tal asimismo cual lo han hecho las sociedades actuales. Hijo de pobres jornaleros, se queda á guardar las vacas en el llano del Forez para permitir á su joven hermano que tome el título de maestro de enseñanza primaria.

El pastorcillo lleva su ganado á orillas del Lignon, el poético arroyo que mecía las meditaciones de Honorato d'Ur-